

La cabeza de Georg Friedrich Händel

En algunas regiones del mundo existe, en la primera noche de primavera, la costumbre de quemar el invierno en enormes piras situadas en las montañas y colinas más altas del país. Consideran que los últimos copos de nieve se marcharán entonces a más tardar, revoloteando con la lluvia de ceniza que echan los bosques, los cuales en muchos casos se incendian.

En el año 1748, la paz de Aquisgrán se celebró quemando la guerra. Los tiempos mejores que estaban por venir habían de iniciarse con unos magníficos fuegos artificiales. A los pirotécnicos se les levantó un edificio de lo más sólido posible para que pudieran lanzar con tanta más audacia sus pinturas ardientes al cielo nocturno. Y a Händel se le dio la orquesta más grande que por aquellas fechas había existido jamás, decían, para que el fuego de su música acompañara dignamente la llameante y abigarrada imagen en el firmamento.

Doce mil personas acudieron en gran parte a pie para presenciar el espectáculo. Por desgracia, el edificio que se construyó no debió de ser lo suficientemente sólido, pues cuando en medio del clímax de la celebración todo explotó, se incendió y estalló un pánico de catastróficas consecuencias, Händel fue a buen seguro uno de los po-

cos a los que les llamó la atención que los últimos muertos de esa guerra quemada fuesen también los primeros de la paz nueva, que comenzó chamuscada ya de entrada.

Al día siguiente repitió el concierto sin acompañamiento de fuego, y los beneficios se destinaron a un hospital para expósitos.

El 13 de abril, Händel percibió que todo el horizonte barroco, procedente de mucho más allá de Londres, recorrería las vías de la ciudad, penetraba en su casa y se inclinaba sobre su cama, y la calle irrumpía por la ventana en su habitación, mientras él creía flotar por encima de su cuerpo y se sentía por encima y por debajo como un reflejo transparente de sonidos nunca antes escuchados que soplaban por su cuarto, el cual se había ensanchado y convertido en algo así como las planicies del continente y del cual volvió a salir entonces el horizonte ya con Händel a cuestas hasta llegar mucho más allá del río, que se había detenido y del que ascendían por el aire esos sonidos como cuyo reflejo transparente Händel pudo percibirse durante un rato todavía. Comparado con ellos, el eco de las incipientes campanadas de Pascua debían de parecerle como cuando una mísera chapa oxidada caía de forma estridente al suelo de un cielo cuyo dibujo semejaba el de un pavimento de adoquines.

Un 13 de abril, exactamente veintidós años antes, le había ocurrido ya un incidente similar, pero sin este carácter definitivo de una decisiva indefensión. Esa tarde, el criado puso todo el empeño de que disponía en realizar el servicio de forma precisa y meticulosa, pues el maes-

tro había subido las escaleras hecho una furia, enfadado como nunca, haciendo tronar la puerta de entrada, ya que la indolencia de uno o varios miembros del elenco a su cargo en el teatro, que habían cantado con desidia, lo impulsó hasta las paredes de su cólera, de tal manera que sólo pudo evitar estallar y llegar a las manos haciendo mutis por el foro, aunque sus pasos irritados siguieron oyéndose luego en el techo de su casa.

Las negligencias a la hora de preparar la función habían superado la medida de lo tolerable; aparte de que los actores le costaban un ojo de la cara, no eran capaces ni se esforzaban por estar a la altura de esa fortuna que costaban.

Ya ni siquiera los consideraba lo suficientemente sensibles para cantar en silencio la quietud de una habitación abandonada que hubiera quedado dibujada en una hoja de papel vacía y amarillecida, y estaba que echaba humo, y la cólera que emergía de su cabeza atravesaba el techo y penetraba ya en la buhardilla, de tal manera que sólo percibía el imperioso deseo de arrojar con estruendo por el borde de los acantilados de creta de Dover los miles de clavicémbalos inútiles, desgastados y desafinados que habían querido endilgarle en su vida, para que fuesen a parar todos al fondo del mar.

Los cantantes, asustados, intentaron tranquilizarlo, claro está, le aseguraron que habían cantado como él quería, ¿qué?, ¿cantado?, respondió él, no, él no había escuchado nada parecido, así que a eso lo llamaban cantar, vaya, a esos sonidos que emitían, porque la idea que tenía él de la voz humana era desde luego muy distinta. Claro que sonaba bien, le respondieron, tal como habían cantado y

tal como ponía él en la partitura, pero él no había escuchado nada, le contestaron los cantantes, que enseguida se dispusieron a cantar de nuevo. Händel, sin embargo, no estaba ya por la labor, ¡parad!, gritó y se tapó los oídos, ¡dejad de cantar ahora mismo!, no podía aguantar más el canto, a partir de ese momento no se cantaría más.

Desde hacía tiempo, la casa en la Brookstreet era considerada un manicomio por los vecinos. De noche, por la puerta que había quedado abierta y procedentes del onduloso clavecín, a menudo salían chaconas o sarabandas que quitaban el sueño o emergía como una llamareda por la ventana abierta el rugido gritón al cantar o el canto rugiente al gritar o el grito *cantabile* al rugir, todo con el petrificado heroísmo de la convención operística italiana y a través de la garganta del alemán que se había vuelto loco y profería amenazas contra cualquier órgano vocal que produjera música de forma incorrecta.

Mediante sus pompas de jabón cada vez más abombadas, el sirviente casi había conseguido ahuyentar de los canchales el griterío burlón de las tórtolas rosigrises, cuando una de aquellas esferas ascendentes le dio la impresión de haber estallado con demasiado estruendo y enseguida subió corriendo las escaleras para acudir a resolver una supuesta y posible catástrofe doméstica. La habitación parecía vacía, como si acabara de ser abandonada; desierta brillaba la piel grasienta de la silla del director general de música tras el escritorio; a punto estaba de marcharse cuando vio al maestro yerto en el suelo, con los ojos abiertos de par en par, rígidos, como si a través de ellos se co-

laran no sólo las horas pasadas de aquel día, sino poco a poco también las semanas y años anteriores que de su poderoso y desvalido cuerpo iban a parar entonces al cuarto, bajaban fluyendo por la escalera, salían por el portón a la calle y recorrían luego la ciudad en forma de un gemido y de un resuello agónicos y cada vez menos perceptibles. También el copista, asustado, entró precipitadamente en la habitación, y ambos, aterrados, temiendo por la vida de su señor, pusieron sobre la cama el cuerpo que se sacudía de forma espasmódica.

Acto seguido, después de dar al sirviente la instrucción de refrescar frente y ojos del desplomado con paños fríos y húmedos, el copista salió corriendo de la casa.

Hizo una afortunada casualidad que en ese preciso momento pasara el vehículo de un ducal benefactor, que enseguida reconoció al hombre y mandó detener el coche.

A voz en cuello se introdujo en el carruaje la petición de que se tuviera la bondad de llamar, por favor, a un médico, pues por desgracia Händel estaba a punto de morir.

Como si se tratase de emprender una persecución repentina y feroz, el cochero azuzó a los caballos rumbo a la casa del doctor, que enseguida renunció a observar el maravilloso esplendor espectral de su colección de muestras de orina y junto con el copista se dirigió en su pequeño vehículo tirado por una sola caballería de vuelta al domicilio de Händel; a toda prisa subió la escalera y entró preocupado en la habitación, tomó el pulso, ató el brazo que caía con languidez y pronunció en voz alta y clara, como siempre que comenzaba la visita de un enfermo, la palabra «sangría» y una vez más, por si no lo habían oído, «¡sangría!», una operación que suponía casi su

actividad preferida y era, en su opinión, una medida profiláctica fundamental e indicada en todos los casos.

El sirviente había traído una jofaina, tal como había pedido, la aguja se clavó en la vena, de la cual la sangre febrática se introdujo en el tubo y llegó humeando al recipiente, así largo rato hasta que Händel soltó por fin un suspiro de alivio.

A las miradas interrogantes del copista, que quería saber qué le pasaba, el médico sólo pudo contestar con gestos de desconcierto de los hombros, por desgracia, dijo luego, no se trata de una fiebre leve, aunque tampoco de una grave, y no es una angina, quizá más bien una angina *pectoris*, un desmayo pasajero en todo caso, debido sea a una repentina falta de riego sanguíneo en el cerebro, sea a una hiperemia transitoria por una repentina congestión de la cabeza, que es una posibilidad menor, un síntoma concomitante que nunca falta, por cierto, al comenzar la época crítica, esa súbita formación de grandes concavidades en las curvas de las arrugas frontales que, por desgracia, bien se puede comprobar, puesto que nada se mueve, un ojo, por ejemplo, ha olvidado de pronto realizar de forma correcta el preceptivo pestañeo, lo cual permite deducir, desgraciadamente, algo apopléjico, un derrame cerebral a raíz de excesivas excitaciones en el curso de una ingesta desmesurada de grasas y de una actividad alimenticia desproporcionada y, por cierto, también, posiblemente, de un elevado consumo de alcohol.

Durante cuatro meses vivió sólo en la mitad izquierda de su cuerpo, que, sin la otra, la insensible, se bamboleaba desamparada en la cama y yacía pesada a su lado. Por tanto, se había convertido para sí mismo, y sin que-

rerlo, en un celador implacable anexo a él, que lo tenía tras unas rejas cuyas llaves se habían perdido.

Ni una sola palabra, ni un solo sonido se desprendía de sus labios que colgaban torcidos, ni un solo signo soltaba su mano necrosada sobre el papel. Sólo de vez en vez, cuando venían amigos a brindarle música, daba la impresión de que las notas y los sonidos se le reflejaban en los ojos, de que las líneas melódicas eran absorbidas hacia el interior de la cabeza desde las pupilas, mientras la mitad móvil de su cuerpo intentaba en vano salir oscilando de la cama y de la casa, como si desde la penumbra del cuarto de enfermo quisiera, tal un enjambre de mariposas nocturnas que acabara de despertar en la habitación, marcharse volando por la ventana y perseguir las armonías que flotaban rumbo al día.

Para ofrecer un poco de distracción en ese estancamiento inerte, y desde luego sin ninguna esperanza de mejora y menos aún de una curación, el médico recomendó sobre todo que se llevase al compositor a los humeantes baños termales de Aquisgrán, que allí tal vez les llegaría a los sufrimientos del maestro un poco de la tan necesaria como urgente paliación.

Ese viaje que movió al inmóvil quizá provocó asimismo una breve excursión por las ya pálidas tempestades de imágenes de la memoria, trajo el recuerdo de sus continuos viajes de hacía décadas.

Por ejemplo, a Lübeck. Allí visitó al maestro organista más célebre del país, Dietrich Buxtehude, para solicitar hacerse cargo del órgano entonces más grande del mundo, un puesto que le habría encantado conseguir y asumir si la aceptación de la plaza no hubiese conlleva-

do la obligación ineludible de contraer matrimonio con la hija de su anciano predecesor; pero al verla por primera y última vez, de tal manera que el aliento trágico de la lamentable e inocente fealdad de aquella doncella le rozó el rostro, declaró que debía marcharse de manera tan imprescindible como perentoria.

O, poco después, el para él decisivo viaje a Italia, donde los mecenas más distinguidos y generosos muy pronto le abrieron de forma insistente las puertas de sus residencias veraniegas, villas y palacios invitándolo a permanecer cuanto pudiera y a concederles el privilegio de escuchar su música.

Händel fue quizá el primer músico que consiguió que se le rogara y no se le impartieran órdenes. No se sentaba, como muchos años después todavía Haydn, a la mesa de los criados, sino que era tratado por los grandes señores como un caballero, capaz de trinchar alcachofas, centollos, faisanes, bogavantes o capones igual que de desmenuzar acordes y escalas. En Italia se había inventado casi todo cuanto Händel consideraba vital. Probablemente incluso la propia Italia. Cientos de años antes, un tal Guido de Arezzo había inventado la notación, la cual permitió, por ejemplo, a Händel y a otros escribir las notas musicales y por la cual pudo surgir la llamada música culta de Occidente. En Italia, los violines casi crecían ya con los árboles, incrustados bajo la corteza, lo que propició que los hasta hoy insuperables luthiers del país pudieran construir en esa madera sus hasta hoy insuperables violines. Un poco más tarde, algunos individuos particularmente doctrinarios o «fieles al original» intentaron reconstruir la tragedia antigua repitiendo con precisión la praxis de su represen-

tación. Así, de ese malentendido que algunos consideraron embarazoso, surgió la llamada «ópera». De lo cual podría extraerse la conclusión de que el rígido principio de la fidelidad absoluta a la obra y el doctrinarismo engendran o bien un embarazoso malentendido o bien innovaciones revolucionarias que marcan una época y perviven durante siglos o, también, de que las innovaciones revolucionarias que marcan una época y perviven durante siglos no suponen más que un embarazoso malentendido. El malentendido italiano de la «ópera», continuado luego con irreductible fidelidad a la obra, logró durante siglos que la gente tuviera que asistir a representaciones de teatro musical realizadas exclusivamente en la lengua original italiana, sobre todo cuando ni siquiera entendían ese idioma. A buen seguro hubo compositores que componían libretos italianos a porrillo sin entender ni una sola palabra. Tal vez de forma parecida al latín de la misa católica, de lo cual alguien podría deducir sin dificultad que la ópera es hasta el día de hoy algo así como una institución eclesiástica mundana superior. En aquella época, quien venía de Italia enseguida era reconocido y se hacía mundialmente famoso. Por eso, todo aquel que se tenía por algo más de lo común quería proceder de Italia o ser italiano. Media Europa se tenía por algo más y, por tanto, habría preferido rebautizarse «Italia» y, en consecuencia, difundir la ópera italiana por todo el continente. Händel, por ejemplo, en Londres. Se había dado a conocer en Venecia con su *Agrippina*. En el curso de las competiciones musicales a las que tuvo que someterse, sólo una vez se encontró con el tal Domenico Scarlatti, considerado un igual en valía, quien en la primera ocasión lo superó al teclado.